



Tejiendo saberes en torno a la cestería

En este material se unen las voces de:

Agrupación Manos de Cochamó: Claudia Nilian, Alejandra Soto, Cecilia Leiva, Mirta Villegas y Yessica Carabantes.
Agrupación Manos Creadoras Las Fiscas: Miguelina Valenzuela, Adriana Millalongo, Ximena Paillao, Jazmin Paillao, Gloria Valenzuela y Evelyn Valenzuela.
Luz Marina Casas, Viviana Velázquez, María Ávila, Patricia Bahamonde, Marlene Bahamonde, Marisol Mancilla.
Bernardita Angermeyer, Trinidad Vega, David O. Melillan y Alejandra Díaz.





“Nos enamoramos todos de ella, porque el proceso es muy bonito”

— Artesana de Calbuco

El oficio de la cestería es muy antiguo. Su origen se debe a que las personas creamos relaciones con

nuestro entorno que nos permiten vivir mejor. O sea, encontramos un valor simbólico y utilitario en nuestro medio ambiente. Un ejemplo de ello son los cestos que tejían las mujeres con fibras naturales para llevar a casa lo que les

ofrecía la naturaleza, como papas o mariscos frescos y eso forma parte importante de nuestra cultura.

Hoy, este oficio es valorado por las comunidades locales, pero también presenta muchos

desafíos para quienes continúan haciéndolo. Una de las fibras utilizadas es la manila, y aquí te mostramos distintos enfoques para que puedas entender y valorar mejor el oficio en manila y todo lo que hay detrás de él.



La manila viajó miles de kilómetros antes de llegar a nuestras tierras. Durante el Siglo XIX fue traída desde Nueva Zelanda, lugar donde era venerada por la cultura Maorí por sus múltiples usos y porque



se parecía mucho a una familia: las hojas del centro son los hijos que están protegidas por los padres, las que a su vez están

rodeadas por los abuelos.

Al llegar a nuestro país, se encontró con parientes nativos que también eran utilizadas para hacer cestería, y desde ese tiempo se han intercambiado los nombres, llamándose en algunos lugares ñocha o pita.

“Esto es súper nutritivo para vivir en comunidad: entregar un pequeño granito de lo que tú conoces a los demás.”

— Artesana de Cochamó



La mayoría de las artesanas aprendieron la cestería desde la niñez. Es un conocimiento que heredaron de sus madres y abuelas, y que las conecta con su identidad

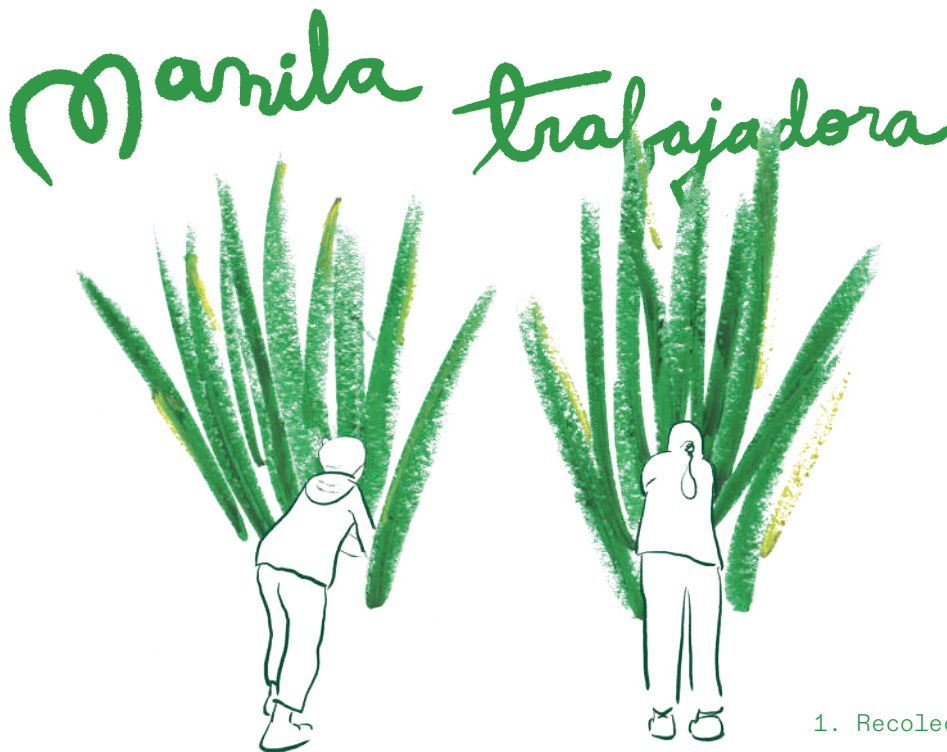
territorial y cultural, arraigada en la vida rural y la naturaleza. La transmisión del oficio no sólo implica acumular conocimiento para sí mismas, sino también para enseñar a futuras generaciones. Por eso, aquellas que llevan más tiempo se transforman en “maestras o regadoras de semillas”, pues al compartir su saber, contribuyen a preservar la planta de manila y su memoria ancestral.

Hay una cantidad muy variada de productos hechos con manila, pero todos son gracias a un mismo proceso que necesita mucho tiempo y dedicación.

Todo comienza con la recolección de las hojas. Hay que elegir las que son largas, flexibles y firmes, y sacar sólo las hojas que se van a utilizar, para no desperdiciar nada.

Luego viene el proceso de limpieza y deshilachado, a mano o con cuchillo, para obtener hebras con las que tejer. Pueden ser gruesas o muy delgaditas, todo depende de lo que se quiera elaborar.

Después viene el secado, que puede ser al sol o al calor de la estufa y puede demorar hasta 2 semanas, según la época. En esta etapa las artesanas definen el color de



1. Recolección

“Uno se conecta con las plantas, si uno nació de la tierra, uno fue hecho de tierra.”

— Artesana de Calbuco

“Nosotros tratamos de ir sacando lo justo y necesario.”

— Artesana de Los Muermos

la hebra, porque dependiendo de cómo se sequen, van adquiriendo diversas tonalidades.

Recién aquí se puede pasar al tejido de los productos, que varían según el territorio del que provengan, la fibra que utilicen y la técnica empleada. Cada artesana tiene su estilo y cada objeto es único. Ahí está el valor de lo artesanal.



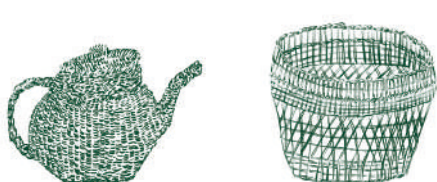
2. Limpieza y deshilachado



3. Secado



4. Tejido



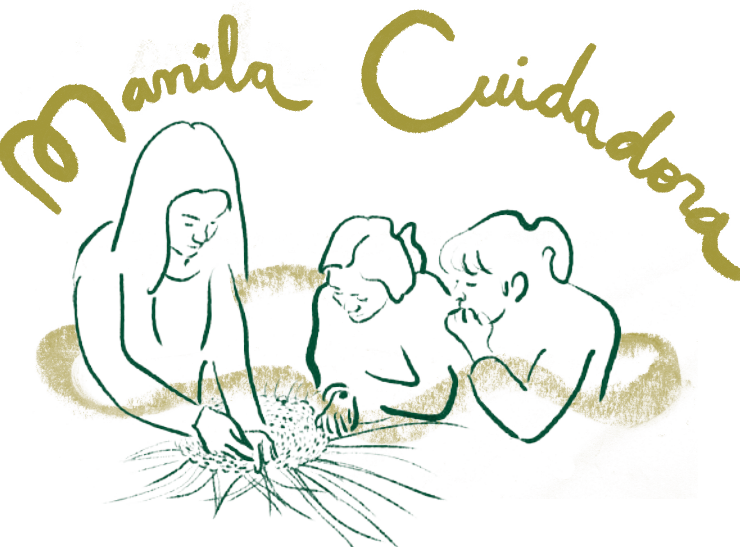
— Artesana de Puelo



La conservación y el cuidado de la manila es algo fundamental en el oficio de la cestería y es que la relación que existe con la planta entrega una enseñanza especial sobre el entorno y la biodiversidad. Los objetos elaborados con manila son biodegradables y no tienen químicos nocivos, lo que los convierte en opciones amigables con el medio ambiente y duraderas cuando se les da el debido cuidado.

“Si lo cortamos todo se va a ir transformado y ya no vamos a tener esos bosques bonitos. Ya no vamos a tener las sombras que necesitamos.”

— Artesana de Cochamó



Las artesanas hablan de la planta de manila con cariño, admiración y agradecimiento. Muchas sienten una conexión importante con ella, que no habían sentido con otras plantas. Para ellas, la manila es más que una materia prima; es una compañera que inspira admiración y gratitud.

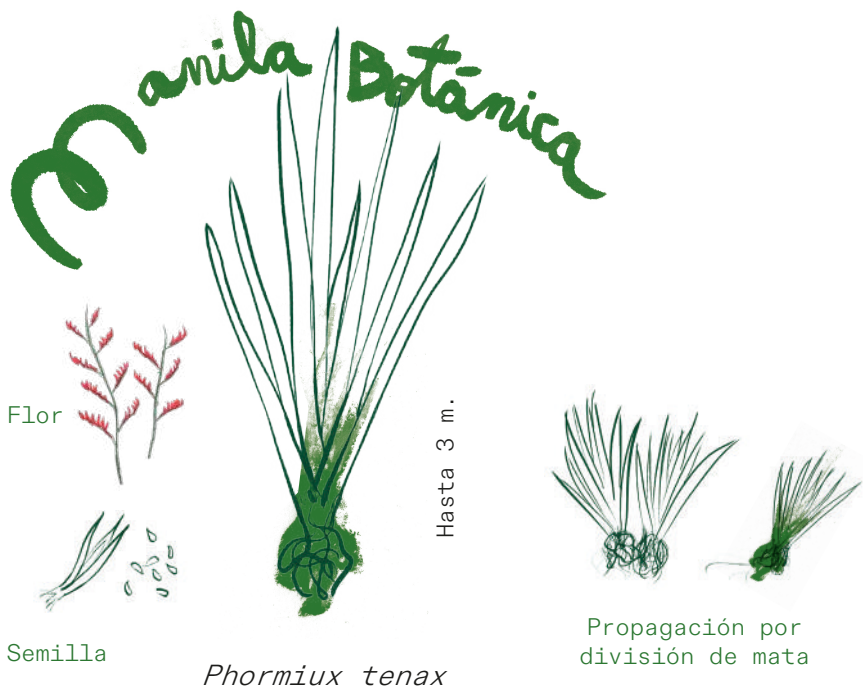
“Siempre estamos pensando cómo podríamos hacer para recuperar las plantas que ya se ven poco.”

— Experto botánico

Las hojas de la manila pueden alcanzar hasta los 3 metros, por lo que son una perfecta fibra para tejer. La planta necesita sol o semi sombra, mucha agua, y un buen espacio abajo para que sus grandes raíces puedan crecer. Para reproducirla, se divide la mata, ya que en su interior van creciendo nuevas plantas y al sacarla de raíz

(¡con esfuerzo, porque sus raíces son muy fuertes!), se pueden extraer muchas más. No todas las artesanas tienen espacio para tener una manila, por eso existe una red de “guardianes”: personas que tienen plantas y que, en colaboración con las artesanas, cuidan y podan respetuosamente sus hojas, permitiendo que ellas tengan

material para trabajar. Poca gente sabe para qué sirven las hojas de manila, entonces la cortan, la sacan de raíz o incluso la queman. Sin plantas de manila cerca, ¡es muy difícil hacer cestería! Por eso las artesanas buscan que todos y todas sepamos la importancia de cuidarla.



Tú también puedes ser un “guardián” de manila. Si tienes en tu casa o conoces alguien que tenga, cuidala y contáctate con una artesana, así ayudarás a mantener el oficio vivo.